EDUARDO DIESTE
LEYENDAS DE LA MUSICA



ESTAS DEMOSTRACIONES DEL PODER DE LA GRACIA LAS DEDICO A LA MUY GENTIL MUCHACHA LISETTE SAINT-MARTIN EN SUS BODAS.

LA GRACIA, NO SÓLO QUEBRANTÓ LA CABEZA DE LA SERPIENTE ASTUTA, SINO ADEMÁS HA CONSEGUIDO HACERLA BAILAR SOBRE SUS ROSCAS, AL PARECER DE ESTA BELLÍSIMA LÁMINA DE HANS PELLAR, TÍTULO DE CUANTO AQUÍ SE CONTIENE.

Y CON EL FAUSTO MOTIVO DE MI DEDICATORIA, LISETTE, HAGO VOTOS POR TU DICHA, INMARCESIBLE SI PERSEVERAS EN EL SER GRACIOSO

EDUARDO DIESTE.

A mi hermanita
Lisetta
con toda mi alma

Fernandez...

Montevideo, 4 Junio de 1912

Estas demostraciones del poder de la gracia las dedico á la muy gentil muchacha Lisette Saint-Martin, en sus bodas.

La gracia, no sólo quebrantó la cabeza de la serpiente astuta, sino además ha conseguido hacerla bailar sobre sus roscas, al parecer de la bella lámina de Hans Pellar, título de cuanto aquí se contiene.

Y con el fausto motivo de mi dedicatoria, Lisette, hago votos por tu dicha, inmarcesible si perduras en el ser gracioso.

EDUARDO DIESTE.

Iniciación

EN el rincón más frondoso de la huerta, pues hallábanse allí agrupados sin concierto muchos árboles, tales como naranjos, limoneros y magnolias, cuyo sombrío verdor se mezclaba con el más alegre verdor de los pámpanos que venían de una vid, saltaba la corriente de un río, al entrar por cauce de guijarros en una pila rústica, y á porfía con su algazara cantaba Rosa, doncella de gran hermosura, que tenía en el rostro los colores de las frutas y

en los negros ojos un abismo de malicias.

Fuera de allí, el Sol invadía las mieses y arrancaba destellos multicolores de los trozos de vidrio clavados en la cima del muro, teniendo en forzosa soledad el paraje, ya que á todos los vivientes habíalos condenado á dormir, y si algún pájaro cruzaba en huída la llama del cielo, volaba silencioso y con el pico abierto por la fatiga.

Alzábase la voz fresca de Rosa entre los murmullos del agua, y su canto animaba el sopor estival de una suave dulzura. Afanoso el río hacía saltar las ondas en tropel de júbilo, y de esta suerte érale imposible recoger completa, según era su deseo, la imagen de la bella criatura, pintándose tan sólo en él, movibles y confusos, el tono amapola de su cara y el rosado nácar de las otras partes que se veían de su cuerpo. Tenía los brazos

desnudos, brazos de un contorno admirable, pero todavía más bellos por el rubor de salud que los calentaba, y las piernas introducíanse hasta la mitad en el agua, cogido entre los vigorosos muslos el vuelo de la falda; medio abierta por causa del calor la chambra de alegre percal, asomaban los redondos senos que las trenzas acariciaban al caer por un lado de la húmeda garganta. Entre la verdura de los árboles, el oro del Sol y las espumas del agua ofrecíase con el esplendor de un mito la gracia de Rosa.

Detrás de la espesura, en el dominio del Sol, vióse una mariposa blanca volar en giros de burla, parándose á cada instante sobre las matas para dar ánimos al rapaz que la perseguía, el cual se acercaba muy despacito con el sombrero en alto y en los brillantes ojos el empeño tenaz de perse-

guirla hasta el fín del mundo; pero al dar con Rosa por un hueco del follaje, quedó inmóvil, mirándola con ojos que parecían de susto, y por más que la mariposa daba, para excitarle, muchas vueltas á su alrededor, permaneció tan sólo atento á contemplar en Rosa.—que, sin advertir su presencia seguía cantando mientras lavaba.—, el milagro de una visión turbadora que cogía de nuevas á su alma obscura, tan ligera y cándida como la mariposa que giraba otra vez en torno suyo para arrancarlo de allí.

Un poderoso anhelo habíale ensanchado el alma y barrido sus ideas, de igual modo que en la pasión del éxtasis; angustiaba su pecho la falta de aire, un ardor extraño aturdía su cabeza, y los ojos, cediendo al impulso de recónditas energías, se agrandaban ganosos de saciar una curiosidad suprema.

Al recoger Rosa las trenzas sobre la nuca, vió cómo el rapaz la miraba entontecido por entre las hojas, y fingiendo extrañarse, le preguntó con la risa en los labios:

—¿Qué haces ahí, José?

Un pellizco no hubiera causado en José igual efecto que esta pregunta. Volvió en sí de repente, y enrojeciendo como la grana, huyó por entre los sembrados.

Rosa rompió entonces en una carcajada indefinible, y toda la tarde conservó una sonrisa en el bello rostro.

Cuando por la noche quiso desnudar á José, cosa que hasta entonces había sido siempre necesaria, éste protestó con todas sus fuerzas y se desnudó sin el auxilio de persona alguna, lo cual hubo de agradar mucho á su madre, que ya no se burló más de él llamándole majadero, niño sin vergüenza y zangolotino.

• • •

LAS HUELLAS MILAGROSAS

HERMANA, yo no sé cómo estuve tantos años por Madrid, sin acordarme de esto.

—¡Oh! En Madrid debes de pasar muy bien las horas.

—¡Psché!... No creas. Todo cansa.

—Es verdad... También por estas tierras todo cansa.

El estudiante notó que había dicho una tontería, y fué silencioso un buen espacio, descomponiendo con su sensibilidad perversa de cerebral el encanto de la

mañana en los múltiples pormenores de luz, de aroma y de frescura que tenía, y con esto se nublaba su alma de un estupor delicioso.

—¿A tí, Sofía, te gusta Madrid?

—El invierno gusto de pasarlo en una ciudad cualquiera; de otro modo no influiría para ello con mis padres, que sólo por complacerme se animan á viajar de cuando en cuando. Ahora sí, primavera y verano, en casa, la casona que fundaron nuestros abuelos. ¿Quieres ver que no me hallo en mi casa, lo que se dice la casa de uno, si no es en ésta del pueblillo destartalado en que radica lo más de nuestra hacienda? ¡Ah! No te rías de las palabras un poco notariales que dije. Estoy hecha lo que se dice una mujer de su casa. ¡Qué remedio! Ayudo á papá en la administración, tan maleada por

el antiguo mayordomo, que á poco nos arruína...

— Sí, hermana. Yo hago falta en casa.

— No... sí, pero antes acaba tu carrera. A mí no me disgustan del todo los números. No te rías. Sólo se me hacía duro cobrarles á varios infelices las rentas, y papá me libertó de tal pesadumbre, si bien se burla de mi falta de carácter...

— Esto...

— ¿Qué?

— ¿Qué quería decirte?

— ¡Hombre, no sé!

— ¡Cómo se dispersan las ideas!

— ¡Verdad!

Callaron. Era suave la temperatura del ambiente, perfumado por las plantas; sobre el verde obscuro de los pinos que flanqueaban la carretera y obstruían la perspectiva, en cuyo límite las ondas de un monte pelado corta-

ban el cielo, esparcía el Sol de primavera manchas de oro alegres; en las hierbas de los taludes chispeaba la pedrería del rocío; de los zarzales partía el silbo dulce de los mirlos, repitiendo sin hastiarse un comienzo de tonada que nunca lograron saberla toda, con mucho disgusto quizá del pastor á quien la oyeron; otros pájaros gorjeaban á disputa de alborozo, con ausencia de maestría, quién sabe si burlándose del torpe mirlo, machacón y pedante.

—¿Y el invierno en la aldea, hermana?

—El invierno es triste en la aldea.

—¡Ah! Pues yo recuerdo las horas agradables que de niño pasaba junto al fuego, por la noche, bajo la enorme campana del lar...

— Sí, eso es bonito. Ya murieron aquellos dos viejos colonos que jugaban á las cartas con el

abuelo en la cocina. El abuelo también morirá pronto. Los viejos mueren todos.

— Claro, hermana.

En este punto acertó á pasar una carroza en que iba un caballero anciano y de traza forastera. Gustavo interrogó á su hermana con los ojos.

— Sólo conozco su nombre, desfigurado quizá por los campesinos; lord Juamí, algo así... Bueno. Es inglés muy rico, al parecer. Ahora veremos la quinta donde pasa temporadas con su familia. Dos años hace que son nuestros vecinos, pero no se relacionan con la nobleza del país, y aun parece que nos miran con cierta prevención. Estos ingleses son muy raros.

Los vastos pinares cesaron para dar sitio á la vegetación artificiosa de un parque. Majestuosos abetos, cedros, pinsapos y welingtonias elevaban su contorno apicado y

obscuro entre los chopos, las acacias y los tilos, y próximos á la verja plateada, cuyos barrotes emergían de un zócalo de granito y se hallaban separados á trechos por gruesas pilastras que sostenían jarrones con áloes y agaves, lucían alegremente los citisos de flores amarillas, avellanos de hojas purpúreas, camelias de flores blancas, groselleros de flores rosas, adelfas y lentiscos; frondas floridas que, doradas por el Sol, despertaban risueñas emociones y anhelos románticos.

—¡Linda morada, verdad Gustavo?

Éste caminaba ensimismado, y sólo contestó á su hermana con gesto admirativo de asentimiento.

Doblaban una esquina del parque para coger sendero de retorno al hogar, cuando hubo de atraerles la blancura de una Venus, destacándose como de sombría gruta

de un macizo de naranjos y magnolias, rodeada por flores pomposas, dalías de fuego, rosales, hortensias azules, cerca de un lago en cuyas aguas dormidas bañaban sus ramas las sóforas y los sauces.

Al momento de contemplarla, dieron los ojos del joven con la huella suave, pero bien diseñada, casi viva, de un pie lindísimo, cerca de un asiento á lo rústico medio escondido en la espesura y enfrente de la diosa, y tan nimio invento le sumergió en hechizo el semblante.

—Vamos, hermano; es ya tarde.

El mozo musitó:

—¡Era de suponer!

—¿Qué dices?

—¡Ah...! sí, es tarde.

A poco de un silencio largo, Sofía exclamó con vaya:

—¡Qué poeta eres, hermano!

Él sonrió nada más, y luego de una pausa lenta, dijo:

—Es ley del corazón, hermana, esta suerte poesía. Era divina, ¿verdad?

—Sí, pero, ya...

—Por Dios, no me hables desdichas.

Sofía, tolerante con las rarezas de su hermano, se limitó á sonreir con simple alegría.

Y tornaron á casa, él sumido en pasmo de toda la persona merced á la suavidad del ensueño y de la primavera.

• • •

La modelo

Es una historia de la cual sólo á medias me pertenece el título y el mero trabajo de ordenarla, compuesta de varios papeles íntimos llegados á mí por casualidad, merced á ser yo gran curioso ó anticuario de una como arqueología romántica principalmente fundada en las huchas viejas donde reposan memorias empolvadas entre flores marchitas, rizos, medallones deslustrados, correspondencias, en fin, y dádivas propias de los amantes. No es antigua esta historia; ¡mas envejecen tan pronto los tales papeles!

Montevideo, Marzo de 1912.

Mi buen hermano y amigo :

Myna.

Llegó tu carta oportunamente, con oportunidad relativa : no te tranquilices ; lo suficiente nada más para demorar en unos días el desenlace presumido en tu última. Pero unos días pueden valer mucho, y entonces no sucederá lo que tú no quieres que suceda. En-

tiende bien: no es á tu consejo que se debe tal ventajilla, sino al placer de contestar tu carta, lo cual me proporcionará hoy, y quizá llegue á mañana y pasado el beleño, un desahogo de la obsesión que me trae trastornado, medio dichoso, estos días. Comentemos tu carta:

En primer lugar, voy á perdonarte de una contradicción muy humana en que incurres: ¡tú, metido hasta el cuello en una pasión romántica, me adviertes á mí de tener cuidado, mirar bien lo que se hace y dejarse de tonterías!

Aparte.

¿Mi aproximación á Myna es alevosa, dices, porque puedo evitarle una pasión cuyo final probable será un desencanto? Puede ser; pero mi alevosía, de haberla, tiene muchos atenuantes. Yo me pregunto: ¿dónde saciar mi sed de amor? Es imperativo de mi constitución, y de la tuya, y de

todos, ¡qué diablo!, pues en nosotros y algunos más, pocos, tan sólo se da excepcionalidad de perfección. Y bien! si no fuese Myna (¡Myna! ¡que no sé qué de ideal y de exótico...! Ya ves, el nombre también tiene la culpa: ¡Myna!), otra sería mi Samaritana, pongamos una Camila, una pobre muchacha, medio bobota ella, costurera, sostén quizá de un padre viejo y achacoso, y de tal criatura — que no sabría languidecer con aroma de resignación y de dulces memorias, sino mugir como una vaca estremecida por la lluvia y el frío inopinados y desde entonces abandonarse á un vivir degradante, porque perdió su tesoro único, el tesoro de su virginidad recatado con celo instintivo — ¿no sería escarnio mayor saciar la dicha sed? En Myna (¡oh, Myna!) se produciría un pesar suave, hasta voluptuoso; pero Camila, sólo capaz de apagar los ardores de la sangre, acabaría en

la desventura del vicio ó de un desposorio inmoral: mala madre, mala hembra, impúdica y depravada. Y una jugosa menestrala es más útil para sí misma y para la especie, que una señorita pálida, sin caderas, busto plano y ojos soñadores. (¿Eh? Dejame respirar. ¡Vaya unos parrafitos parlamentarios!)

Otro punto de vista:

Myna, la espiritual Myna (¡oh, Myna!) ¿por qué ha de oponerse al destino de su temperamento apartándose del varón que puede transportarle á los amores de ensueño? Y si de no poderle regalar yo los otros amores —porque mi ser no puede satisfacerse á medias— le viniese una melancolía deliciosa que aromase su atardecer, en la soledad estricta ó en la de un matrimonio prosaico, ¿por qué dejar yerma, ó peor, accidentada por los anhelos la senda trazada en su esencia? ¿Que de saber la condición de

mi acercamiento lo repugnaría? Quizá no se conozca, y entonces aun pudiera ser virtud sumergirla en su propia substancia, ó cuando menos fatalidad determinada por la fuerza de la misma, en cuyo caso debe haber para el « agente » exención de mérito y culpa. (¿Estoy catedrático?)

Otro punto de vista:

¿Y si Myna supiese vencerme, desintegrarme, y reduciéndome á ser su esposo alcanzase así con el término de la aspiración burguesa el de su temperamento? No hay ventura sin aventura, y, además, el riesgo que nos ocupa es ley de tales empresas. Y aun predigo que con el sujeto predestinado en el fondo de su personalidad no lo perdería todo, y sí en caso contrario, donde á más de tiempo é idealismo perdería buena fama, por no aventurar más graves probabilidades.

Un disparate:

Ayer oí en sueños unas albri-

cias pavorosas: ¡Myna morirá pronto! (¿Entiendes? Una bella simulación de amor podría siempre dedicársela, y cuántas veces yo mismo sería feliz tomándola por realidad.)

Aparentemente, con tales puntos de vista y tales disparates se aumentan hasta lo monstruoso los grados de mi alevosía, pareciendo ya incapaces todos los romanticismos para guardarme de un justo desprecio. Aparentemente, creo. Quizá la vieja teoría de la espontaneidad, condición de los buenos sentimientos, produzca tal criterio, cuando el amor puede ser también flor de invernáculo, y aun lo será por fuerza muchas veces en nuestros medios civilizados, quiero decir en las zonas superiores de nuestra cultura, refinada y laberíntica.

Ahora sí, punto de veras. He conseguido lo que deseaba. Hoy no soñaré con Myna. (¡Contravenenos!)

Adiós, querido. Recuerdos á tu novia, mademoiselle Colibrí. Un abrazo, si no lo impiden mis alevosías.

Oscar.

MYNA, MYNA, MYNA

Myna, Myna, Myna

Myna, Myna

Myna!

Me gusta repetir mucho tu nombre; es la sensación de un beso largo que nunca se acaba, pudiendo haberse acabado á ras de comenzar, y sería beso lo mismo.

(Y no quiero decir Myna mía, ó Myna divina. Sería redundan-

cia, estorbo de las vaguedades con que su encanto nubla deliciosamente mi ser todo. Rosa bella, no ; Rosa. Tenlo á más fervor de mi alma. También así : ¡ oh, Myna !)

Pero no quiere decir beso, Myna. Porque á ti no te sienta mal tu nombre. Sí, mucho encarna en nosotros del espíritu del nombre. Sino, ¿ por qué los poetas cuidan tanto del nombre de sus personajes ? Yo me llamo Oscar Blitzen, nada más.

Siento no llevar en el nombre la memoria de mi madre, que tiene mis preferencias filiales ; pero, caramba, Gonzalez, aun con acento en la a, no puede ser.

Si lo hubieran conservado neto : Gonçalves, aun, aun . . . (Mi madre es hija de brasilero.)

Myna, Myna, Myna

MYNA, MYNA

Myna, Myna

(La pluma es mala.)

Y ahora pienso que tomado como beso tendría el acento en la í, también, y resulta un beso intenso, punzante; y es el final de un beso largo que se acaba con rabia de no alcanzar no sé qué deleite supremo, extrahumano; y hablo de un beso muy puro, porque tu nombre, acaso por la influencia de tu figura, no excita mi sangre. Bien dicho antes: no es un beso, ***Myna****; quise aclarar la música del nombre con esa comparación. Quizá un beso de los ojos, eso sí, y debajo de las miradas que se besan con brillo cada vez más profundo, unas manos que se aprietan cada vez más, más, más . . . (Parece de opereta. Y me río sin querer. Per-*

dóname.) Sí, sí, un beso de los ojos. Y nos reímos y nos echamos atrás desfallecidos, como después de los besos largos que acaban con ira. ¡Myna, Myna, Myna, tú eres alma, casi no tienes más que nombre!

¡Quién sabe...!
¡Ojalá!

APOSTILLAS.

Fué un dibujo de la mano ociosa, en medio de una lectura muy seca de Comte. (¿Será Myna, en cierto modo, mi Clotilde de Vaux? No es de temer.) Fué á las dos de la noche del 9 de Marzo de 1912. Llueve (meteoro romántico por excelencia). Para recordarlo de viejo.

Dibujé para mí solo estas locuras, interrumpido en el trabajo por la obsesión de su nombre.

¡Myna, Myna, oh, Myna!
(¡Qué gracia! También le ven-

dría de molde á un dogo minúsculo y rechoncho que tuve antaño:—¡Mín, venga Vd., Mín!

Voy á dormir; tengo sueño ya. No, fatiga de la obsesión de su nombre. ¡¡Myna!!

AL DORSO.

Nunca se dice toda la verdad, porque no se quiere ó porque no se puede. No va toda la verdad en las apostillas. Hay en ellas más literatura que en todo el escrito; en éste casi no la hay más que propiamente dicha y á la ligera, medio á la ligera, claro, como cosa que no tiende á la publicidad. (¡Vanidosillo!)

Yo le dije á Myna la mitad de la verdad y le puse miedo de quererme. Son sus palabras.

¡¡Myna!!

(Esto sí, también para recordarlo de viejo, en la edad de llo-

rar los pecados y de aconsejar á los mozos.)

Un vecino de cuarto, ¡bestia, demonio!, acaba de lanzar una voz espantosa, de demonio, en sueños. Me revolvió todos los nervios.

Ya pasó. (Ya pasó también el tiempo en que me asustaban Hoffmann y Egard Poe.)

No tengo sueño, me parece. Fatiga, sí, malestar...; ¡tantos mates, y tantos cigarrillos, y tanto Myna, Myna, Myna!

A la cama.

Myna (sin coraje), un beso muy ca ri ño so.

Miro á tus ojos. Sin acento, blandamente.

Adiós, Myna (se re na mente).

Montevideo, Marzo de 1912.

Mi querido hermano y buen amigo:

Eres un holgazán. Escribe más largo y más á menudo. A mí también me gusta leer tus cartas, llenas de cordura y fácil gracia encantadoras.

MYNA.

Tú dices: Amelia (¡ah! dale un papirotazo en la naricilla á Colibrí) sobre todas las cosas. Bien, no está mal. Yo digo: Yo sobre todas las cosas. ¿Entiendes? Yo

quiero ser adorado por una mujer; yo la querré también, porque no es un milagro difícil querer á una mujer cualquiera, si es hermosa, graciosa ó espiritual, y todo junto mejor. Si tú murieses en mis brazos recomendándome á Colibrí, yo me casaría con ella, y seríamos ambos felices, y tú, desde la eternidad, volcarías sobre nosotros puñados de bendiciones. ¡Qué cuadro! No te parezca mal la broma. Eres idiota. Bien. Pero conste que hablo en serio, mejor dicho, francamente, mejor dicho, sencillamente. Bien. A lo de Myna.

Mi pasión por Myna está lejos de ser lo que tú pides á la buena pasión, rabia de cuanto le es adverso, espasmo del ser, melancolías é inquietudes; tal pasión espero despertarla en Myna; ya se lo he dicho: La esencia del buen amor consistirá en ponerlo sobre todas las cosas.

Y si no se halla capaz de amarme así, yo, que puedo amar á

todas las mujeres, ¿por qué voy á condenarme á una humildemente dotada, ni excelsa ni millonaria?

Tú conoces á varias mocitas: Renata Loria, Julia Pino, las de Iturrioz y otras que sería prolijo enumerar (dime todo lo fatuo que gustes), con más ojos que sopa de abad para mi talento y apostura, y lindas, graciosas, discretas, con dotes, en fin, que no cuenta Myna en tanto grado. ¿Soy un sinvergüenza? ¡No, señor! Pues las mocitas que piensan todo esto y algo peor, resumido en la famosa expresión táctica de las mamás: pescar un marido, un buen partido ó un buen muchacho á secas, ¿serán de oro nobilísimo? ¡Vaya, vaya!

Yo soy leal, por lo menos. Le digo á Myna: sé verdadera y seré tuyo.

Y no me pongo en una trama de pequeñeces y frivolidades y miserias. No. Yo quiero que nuestra pasión lo sea de toda verdad. Yo

soy digno de ser amado. Yo no quiero turbarme con desazones de celos, adulaciones y demás formas de sometimiento. Estará bien, no está mal. Yo no estoy en ese caso. Dirás: Tú, que puedes enamorarte de todas las mujeres, ¿por qué vas á merecer la pasión heroica de una sola? En verdad, no me disgustaría que me amasen todas las mujeres bellas. Bien, esto es broma. No. Yo soy humano. Yo no podría abandonar á la mujer, al padre, al hermano, al amigo, al perro que me hubiesen regalado su abnegación, su cariño y su simpatía. Pero aún no he tenido verdadera novia: sólo tengo madre; no conozco todavía cuál será mi hermano, amigos... no sé, y á perros como tu Pancho no puedo evitar el darles de puntapiés cuando la ocasión se presenta. ¿Egoísmo feroz? No creas. Yo puedo amar, yo quiero mucho á mi madre, y querré mucho á mis hermanos buenos, y deseo muchí-

simo un buen amigo y un perro fiel. Sí, yo soy humano, en las partes bellas, justas y heroicas de lo humano. Soy grave, soy grave, sí.

Y Myna tiene miedo, y me lo dice de un modo tan niño, que no trasluce presunciones de cálculo ó bajas vanidades. Si hubiese algo de esto en su expresión, sería en la superficie tan sólo: ¿Quién puede librarse por completo de las ideas ambientes?

Pero sería debilidad, con todo, y yo quiero una pasión heroica, ¡Elsa, Elsa! Y si persiste en sus miedos, ya no sería este influjo de las preocupaciones sociales tan superficial, y entonces mi pregunta: Si es fácil querer á todas las mujeres lindas, graciosas ó espirituales, ¿por qué reducirse á una sola de tantas, perdiendo la misa y la feria, el santo y la peana?

Le mandaría un ramo de rosas, y aquí paz y después gloria. Y

á la postre los dos habríamos ganado algo: yo, asunto para mis cosas literarias, y ella... ¿sabes que desde que jugamos á los amores se ha puesto más linda, más sana? ¡Y es su primer amor! Figúrate cuánto ganará Myna en estos amores, y cuánto quedará en su memoria de bello y delicioso! Por lo demás, yo haría que fuesen fugaces y amenos los amoríos, en bien de su corazoncito y de su fama.

¡Oh, Myna! ¿Serás Elsa?

Bueno. Viene á buscarme para cenar y divertirnos el capitán Eupuch. Sus recuerdos. Adieu!

¡Ah! sí, muy hermosas las poesías de Bastí, sobre todo el soneto final, muy triste, horriblemente triste, pero divino.

Cumpliré, si puedo, tus encargos.

Un abrazo.

Oscar.

¡Oh, Myna!

Será éste, otro dibujo de la mano ociosa; mas hoy no va mi ocio en medio de la tarea cotidiana, sino dominante sobre todas mis preocupaciones, consagrado en absoluto á la gracia de Myna. Pero, no, no. Aun veo por donde ando. ¿A quién no seduce la gracia? ¡Y fué tanta la suya manifiesta hoy!

A cada paso descubro, siento la existencia de una zona de arte y de sabiduría no sospechada por

los más de los hombres, ya sean doctos ó de la buena gente.

En mis tiempos de rapaz, mi buen padre me aconsejaba la lectura de obras instructivas, las de Brehm, de Julio Verne y aun, aun la de la inmortal novela cervantina. Con iguales palabras, menos la desdorosa para él de novela, recomendaba la última. Él decía exactamente: ¡¡El Quijote!! (Esto quería decir: ¡¡Caráspita con el Quijotte!!); y con mucho énfasis (alcahuete quizá de un casi total desconocimiento del famoso libro) añadía: ¡¡¡La obra inmortal de Cervantes!!! — Y prolongaba su gesto en ponderación admirativa de suerte que abuela, madre y yo, y aun la gata, no osábamos cerrar la boca...

Pero, ¡caráspita! ¿qué iba yo á decir? ¡Escápase uno con tanto deleite á considerar los buenos tiempos de rapaz!

Ya recuerdo. El buen viejo decía sobre mi cabeza, toda ufana entre

las páginas de Brehm: ¡Qué sabias las hormigas! ¡Y el castor! ¡Y los cucos?

Y yo, —¡qué sabiduría también y qué desconcertante, por cierto, la de los chicos!, —interrumpí los caráspitas de mi buen padre con esta observación: Y eso que no van á la escuela.

Bien. Ahora quiero comparar, no se ofenda la divina Myna, Myna la divina (¿evoca ó no este juego melódico el principio del Korán?), la sabiduría de tales animalitos con la de Myna la divina, la divina Myna, señora de todo lo creado, á quien se reverencia desde Adán prosternándonos á sus plantas nimias y rosadas. No se ofende Myna porque ha leído la vida de las abejas de Mœterlinck.

En serio. He podido comprobar, merced á esos problemas triviales tan sin número en charla de niños y de enamorados, una claridad y justeza maravillosas en el juicio femenino.

¡Oh, Myna!

Acaso por buscar frescura y reposo, después de un delirio de anhelos en la hoguera de los labios, le despejé la frente para que bajase luz á su rostro y le dí en ella un beso breve y quieto y sin ruido.

—¡Beso casto!—dijo con sonrisa clara.

Y yo pregunté, con sonrisa un poco truhanesca, de asechanza:

—Y los otros besos ¿qué son?

—De amor,—contestó simplemente, naturalmente.

Invadiendo la jurisdicción de su monería (los hombres nos afeminamos, y no ha de tenerse á desdoro, en las horas de amor), le dije luego:

—¿Por qué tanto me quieres, me quieres? ¿No estamos del todo seguros?

—Será porque á uno le gusta que le digan que sí muchas veces.

—¡Pues claro! ¡Soy un tonto!

—¡La tonta soy yo! No sé

cómo me quieres? ¿me quieres?

¡Oh, Myna divina! Tu gracia resucita mi sentido común.

Un caso de filosofía trascendental:

Las más de nuestras mujeres, quizá por defecto de una larga tradición y de ambiente propicio, por constituirse y desarrollarse la nacionalidad en la era del pensamiento crítico, no reciben, sencillamente, naturalmente, sensibles determinaciones del orden religioso, y así la idea de la muerte no agita en sus almas el afán de la vida futura, sino la nostalgia de la vida vivida. Con ánimo de sondearla en este punto, le hablé á Myna de cristianismo, á lo Chateaubriand, y con tanta unción y arrebato que yo mismo dudaba por momentos no se hubiese trocado mi persona en la de un Francisco de Asís ó un Savonarola. Escuchaba Myna con atención profundísima. De pronto, le dije con voz tierna y sincera, sí, sincera:

—¿Cómo podremos amarnos mucho, mucho, siempre, siempre, si nuestras vidas acaban con la muerte?

Y Myna quedó suspensa, visiblemente angustiada.

Luego la besé, nos besamos, y pronto los besos fueron tantos y tales, que toda vislumbre de lo eterno pareció sofocada. Pero yo sentí, resbalando por mi rostro entre los besos, la voz desfallecida, mimosa, de Myna:

—¿Qué importa morir para siempre después de tal felicidad? ¿Quién podría soportarla eternamente?

¡Oh, Myna divina!

En oro muy diluído y espléndido se obscurecían los jardines de Paso del Molino cuando llegué ante la verja de La Quinta del Sol.

—El Sol se fué—me dijo el negro echando con la risa claridades de alba por su bocaza.

— Esperaré á que amanezca. Tráeme fósforos, Lungo.

— ¡ Cómo no !

Hacia el centro del parterre descubrí al viéjo Antonio, muy afanado en una labor prolija, sin duda en la de renovar las plantas conforme á la estación otoñal que se aproximaba. Este hombre ha tenido para mí, desde los primeros días, la hosquedad invencible de los canes viejos cuando huelen malos huéspedes, y yo, temeroso de su instinto de can ó del poder fetichesco marcado en su faz torcida y adusta, siempre trato de halagarle con cigarrillos, palmaditas en la espalda y otras benevolencias. Arreglaba el marco de césped de una platabanda, cuando le otorgué mi saludo servil ó idolátrico. Sin erguirse rezongó un « buenas tardes ». Para disimular las alarmas de mi espíritu afable y supersticioso, clavé la vista con atención estúpida en los ornamentos rococós de un gran jarrón

cercano, y sobreponiéndome le dije aún varias palabras atentas, acabando por ofrecerle un cigarrillo.

—Acabo de fumar.

Me dió pena y rabia. ¡Miserable! Estuve á punto de quebrarle á taconazos las costillas. Y el demonio, seguro de sí, no obstante presentir mis pensamientos, continuó tranquilo en su tarea...

Sentí pasos. Volví el rostro y divisé á Myna, cuya gracia me pareció entonces demasiado severa.

—¡Myna!

—¡Oh, mi amigo! ¿Hace mucho?

—No, hace poco.

Y yo trataba de saber por qué la gracia de Myna me parecía tan severa. ¿Sería influjo del mal rato pasado? El traje, de líneas vagas, de muselinas de seda negra y blanca superpuestas, con adornos de Chantilly, ¿dartale al conjunto una distinción, una gracia severa?

—¿Qué miras tanto?

Y sacó un bombón de su bolsa de terciopelo y me lo puso en la boca infantilmente.

—Fuí con mamá y misia Mangacha á lo de Bertinoi... ¿Cómo se dice: Bertinoi ó Bertinoá?

—¡No sabes el nombre de tus amistades!

—¡Tonto! ¡Relaciones de cumplido!

—¡Diablo!

—Tengo un poco de frío. Espera, sube. Voy á mudarme, á ponerme más clara...

—Eso es,—prorrumpí con alegría súbita, que debió retratarme de tonto de veras.

—¿Pero, qué te pasa?

—Oye, Myna: ese viejo Antonio es muy antipático.

—¡Ah! sí, es una lechuza, un buen hombre.

Me tiró de la nariz, me llamó ridículo, y se fué con pasos cadenciosos y leves de fantasma.

¡Una lechuza, una lechuza!

Como después de los días muy felices, sólo una idea imprecisa, general, conservo de su encanto de anoche, y quiero consignarla en estas memorias destinadas á mi vejez.

Myna estaba clara. La nuca sedosa y grácil de Virgen florentina se alzaba de un cuello bajo con adorno de níveos encajes. Y recuerdo muy bien la sensación recibida en las múltiples alianzas de nuestras manos, las suyas, con frescor de flor mañanera entre la bruma de Malinas de donde nacían, al principio; y después con la molicie cosquilleante que da el tapar con la palma de la mano la boca de un nido, por sentirse á un tiempo la suavidad viva de los pájaros y el mullido de las cerdas, pajuelas y raicillas de la trama sutil. Y esta presión deliciosa inducía la ternura de los mimos y el coraje de los anhelos casi en la

medida que saben hacerlo abrazos, ojos y besos.

Isabel, Julia, María, Renata, Luisita, en bandada jubilosa entráronse por la sala, precedidas por doña Juana, doña Mercedes, misia Julia y don Gonzalo, quienes habiéndose dado cita en la playa Caparro, venían á continuar la última parte del programa, el te, á lo de Myna. Barullo de sillas, borbotones de preguntas, explosión de besos, todo á una ó poco menos, fué preludio de la visita. Las doñas y misias cercioraban unas cara á otras, moviendo los abanicos cerca de la frente, el poco juicio de las muchachas. Luego, en seguida, se habló de cosas de mujeres, de sombreros y telas encantadores, divinos, chic; fiestas encantadoras, divinas, chic; artistas encantadores, divinos, chic, y de mil cosas más, todo encanto, divinidad y chic. Las viejas hablaban de cosas de viejas: de los reumas, lo malo de la servidum-

bre, y de las calaveradas y talentos de los propios hijos. Don Gonzalo y yo coincidimos en apartarnos á un rincón de la sala, donde un ajedrez nos proponía el disimulo de nuestra barbarie.

Ahora besuqueaban á Luisita.

Su hermana Julia, morocha muy viva, dejando sobre una butaca el sombrero, después de pasarle dos caricias de aliño por las plumas, amonestó á la pequeña:

—¿Por qué no contestas, boba? ¡Ay, qué chiquilla!

—¡Qué monísima está!—dijeron muchas.

Myna se volvió para decirme bajo:

—Che, la muñeca eléctrica.

En efecto, parecía Luisita una linda muñeca por el atavío, un traje de tinte perla, merced al liberty rosa cubierto de muselina de seda celeste pálido, esmaltado de rosas de tafetán, bequín de encaje de oro también con rosas, zapatitos de raso negro y medias de

seda rosa; y eran eléctricos, en verdad, los giros y composturas que para llamarle monísima de adelante, de atrás, de cerca y de lejos, imprimían á su cuerpecillo las gentiles doctoras.

—¿Qué te parece para un vestido sastre?—dijo á Myna, Lucía, ni alta ni baja, ni rechoncha ni esbelta, rostro chico y de expresión incisiva, ni feo ni bonito,—, mostrando un retal de rayas finas y vivas de color, verde hoja y limón, verde hoja y amapola, azul pavón y naranja, un poco semejante á género de librea.

—Á ti no te sentará—dijo María, y Myna, sin perplejidad:

—No. Parecerías en una jaula.

Hubo una fugaz suspensión de la charla, y se reanudó con ahínco sobre otros temas del mismo gentil saber. Y sólo después de un buen cuarto de hora me ocurrió á mí soltar sin mesura la carcajada.

—¿Qué le pasa?—exclamó don Gonzalo, atónito.

—¡Á propósito del vestido-jaula!

Atraídas por mi risa, ó cansadas de su parlamento se acercaron las jóvenes, y el rostro de Lucía, por cuyo magín había pasado sin duda la suspicacia de que no era posible bromear sobre la ocurrencia de Myna sin acordarse de mochuelos, urracas, loros y demás avechuchos, apareció un si es no es vinagrillo, que me advirtió de la indiscreción de mi risa.

Vino á sacarme del atolladero la pícara de Julia. Después de un cuchicheo con Myna se le cayó su abanico frente á don Gonzalo. Éste se levantó solícito, y ¡oh estupor! la comba delantera de su tronco se opuso resueltamente al intento de galantería; probó realizarlo de costado y, en menos que decirlo, hubo de nadar por la alfombra.

La carcajada fué casi general. No obstante, acudimos á socorrerle. Acudieron también las señoras, muy alarmadas.

¡Pobre don Gonzalo! Excuso

decir que á nadie convenció su «no fué nada» y la risa de mil diablos de su carirredonda.

Y, un mucho amoscada y un algo recelosa de la integridad de su viejo, misia Juana propuso despedirse todos hasta otro día.

Son ya las tres de la mañana, y justo es que tenga ya deseos de dormir.

La noche de ayer—2 de Abril de 1912—fué también señalada por la gracia de Myna.

¡Divina criatura!

Montevideo, Mayo de 1912.

Mi buen hermano:

Seré breve. No me pertenece ya el tiempo ni la vida.

Caí por fin, y, claro, me da mucha rabia de pensar lo que vais á reiros tú y Amelia de mi caída. Pero no me importa: reíos, imbéciles.

Sí, después de tanto racionalismo y positivismo, á fuerza de complacerme en la observación del modelo, terminé adorándolo con toda mi alma.

No sé cuándo fué.

Lo dicho en mis anteriores cartas, nada vale. Sólo es verdadero, no obstante su absurdo, este mi amor de Myna.

¡Oh, Myna, Myna, Myna!

Oscar.

P. D.

Dije mal. No se confirmó á pesar de mi racionalismo el estado actual de mi conciencia. Es Myna, lo siento así, la mejor dotada, la más divina de todas las mujeres. Y respecto á la pasión heroica, el amor sobre todas las cosas—familia, opinión, cálculo—si aun la reprime un tanto en alguna de sus partes, lo hace con sinceridad, virtud para mí, aun ateniéndonos á Carlyle, si quieres bromear, la más alta de todas, Myna me ama cuanto puede. Al fin de una dolorosa escena (¡perdón, Myna!) encontramos, ya no en los nardos con los nardos, si no en la violeta y el nardo juntos ó en muchas vio-

letas y un nardo, un bello simbolismo conveniente á la esencia del buen amor. Por otra parte, Myna me distrae poco á poco de la frialdad de lo abstracto donde viví tanto tiempo, si bien no lo deploro en absoluto, pues quién sabe si nuestro espíritu se perfecciona conforme á una evolución cíclica: de lo concreto inconsciente á lo abstracto, y de lo abstracto á lo concreto consciente... Bueno, ¡petulancias! Sobre todas las filosofías, el gentil saber de Myna. Sobre todas las realidades, mi pasión por Myna. ¡Oh, Myna divina!

Sí... alguna vez me pone miedo, hermano, esa lechuza que llevamos dentro los razonadores: «¿La querrás á Myna siempre y sobre todas las cosas?»

• • •

UN CAPRICHO DE NIÑA MIMADA

ERA Marieta como las princesitas de cuento, voluntariosa de imposibles y afortunada para darles alcance, sin otra magia que la de golpear dos veces la tierra con sus piececillos, á semejanza de un cabrito muy terco, y prorrumpir después en lloro de mentira capaz de agotar la paciencia de un santo.

Por otra parte, yo conozco muy bien el motivo de salirle siempre á las mil maravillas el sortilegio á Marieta, y aun el más torpe dará

con él sí hace memoria de tantas Marietas como hay en el mundo forzadas á tener por verdadera cosa de magos el cumplimiento del afán más sencillo, y á fe que ni pataleo ni llantina les vale á éstas de nada, ni mucho menos el recurso de oponerse á catar bocado.

Es muy linda Marieta, y así malucha de mimos aun lo parece más, iluminada por los ojazos de mora su carita del color de la espuma y del cielo: en montón sobre la nuca endeble las trenzas flojas, desde hace dos días sin humedad, y encogido el cuerpo bajo un ropón de pieles que de sí exhala tibieza de caricias y casi mueve á deseo de enfermar.

De Marieta cuida la señorita Obdulia, bondadosa, muy bondadosa, de las jóvenes que tanto abundan fuera del claustro, llenas de un corazón de oro en hervor siempre de dádiva y á recaudo

siempre de la codicia de los hombres porque su rostro es algo bello tan sólo á fuerza de sonreír. Junto á Marieta está, y Marieta discurre importunarla. No hace un minuto dejó de sus manos el aderezo de la muñeca, movió después las teclas del piano en alegre sonatina, y ahora espera nuevos deseos de la princesilla que cumplir.

Se abrió la puerta de la estancia, y con semblante de gozo avanzó Marieta el busto y desnudó sus manitas del manguito de *skungs* para tenderlas como dos pájaros impacientes á la hermosa dama que se le acercaba moviendo murmullo de frondaje con la vestimenta riquísima; ocultó con monería el rostro bajo la copia de plumas que se desbordaban de su tocado y pasábale por la garganta en lenta caricia los dedos blancos y largos, de una carnación suave, parecidos á hojas de crisantemo,

—¿Qué piensas tú de un matrimonio, pequeña?

—No le haga usted caso, capitán—dijo el señor grave.

—No la contraríes, hombre. Creo que á la señorita Obdulia no le importará llevar la broma...

—¡Oh!...

—Y por mi parte—dijo el capitán—celebro que tenga tan buenas ocurrencias Marieta.

—Tú el cura, papá.

—Bueno, yo el cura.

—Pero... con esa barba...

—Figúrate que soy un capuchino.

—¿Y capuchino qué es?

—Es... es... un cura con barba...

—¡Ah!

—Ponte la toga, marido, á falta de otras hopalandas.

Y el señor grave salió de la sala y á poco vino dispuesto á oficiar, ceñida la toga y la cabeza tocada con su birrete de magistrado.

—¡Acérquense los novios!

Delante de Marieta juntó las manos de los jóvenes, dijo bárbaramente cuatro latines que él sabía de derecho canónico, y les roció después con una bendición. Mas no conforme aún Marieta, hubo que repetir por varias veces la ceremonia, resignado á todo el señor grave, que no hacía sino mecer los hombros y reirse hacia el bravo mozo en guisa de pedirle excusa por tamaña impertinencia.

Éste se mantuvo alegre con el juego de Marieta y muy obsequioso con su consorte, cuyo rostro le daba una honda pena por su belleza tan sólo de sonrisa, pero él aparecía jovial en extremo y decidor. Cuando al oficiante le vino en gana concluir, díjole á Marieta que ya estaba hecho el matrimonio, y aun le juró que nada esencial se había omitido, con lo que se conformó la pequeña y preguntó

al capitán si viviría siempre desde aquel momento con la señorita Obdulia, como ella estaba enterada cumplía á los esposos, y él le replicó afable que así lo haría, teniéndolo á mucha ventura, de no tener que marcharse dentro de veinticuatro horas á la guerra, pero que no obstante quedaban tan bien casados como había visto. Y este discurso del capitán, si bien hecho con risa, puso un vago estremecimiento en la hilaridad de todos, menos Marieta, que se limitó á pedirle noticias de cómo se hacían las guerras.

El capitán se dispuso á marchar, y la señorita Obdulia le alargó un anillo que aquél le había puesto cuando los desposorios. Respondió él y trató de darle á sus palabras un tono delicado:

—¡Oh!... Tendría mucho gusto si lo conservaseis... como recuerdo.

Y en el tono más alegre añadió:

— Sí cambia el color de la piedra, sin duda vuestro esposo ha muerto en la guerra...

Un poco más de risa y el capitán se fué.

Y estas nupcias de broma fueron las de la señorita Obdulia.

Después de un año, en el parque la encontré una tarde otoñal, cuando el sol declinaba poniendo entre las ramas sin hojas de los árboles colores de naranja y de violeta, y el reír de su rostro tenue, de albura mística, estaba ensombrecido por los ojos de las enfermas de amor, y en el anillo de los desposorios juraría que vi un diamante sin luces.

• • •

Cosas publicadas:

LEYENDAS DE LA MÚSICA:

MARGARITAS DE ORO.

LA CANCIÓN TONTA.

En Prensa:

TEORÍAS DISPARATADAS

Y CUENTOS DE BURLAS.

En preparación:

. . . MUCHAS COSAS MÁS.